

CUENTO N° 303

TÍTULO: DIÁLOGO DE UNA EMOCIÓN

SEUDÓNIMO: RAFA

AUTOR: RAFAEL LUIS GARCÍA CORREA

DIALOGO DE UNA EMOCIÓN

Rafa

Miedo ¿existes? No te tengo miedo, ¿o sí? ¿cómo eres?

Me es difícil reconocerte; no a todos, a cierto tipo de miedo.

Los que sí reconozco y recuerdo, son los vividos de niño; cuando jugaba a correr por los corredores de la casa de campo e imaginaba que alguien me perseguía. Esos comenzaban en un patio con muchos arbustos bajos, que en la noche y con la luz de faroles producían tenebrosas sombras. Había una pileta con la figura central de un ángel que también se trastocaba y podía verse una imagen diabólica y tenebrosa, así como el árbol central y sus ramas arrastradas que parecían lamentos. Ahí aparecías.

Pero no eras lo suficiente para detenerme. Mis carreras continuaban pasando de patio en patio hasta llegar a donde estaban los animales domésticos y me sentía seguro. Es que era mi lugar favorito de día. Allí se cocinaba al aire libre, en horno de barro o pailas grandotas, los dulces y conservas. Los olores lo inundaban todo.

Era bien curioso mi juego nocturno. Reconozco la sensación física de palpitations galopantes, pero a la vez, esa persecución fantasma me provocaba una suerte de placer. Recuerdo que cada cierto trecho miraba hacia atrás y no veía nada que mis ojos pudieran reconocer, pero la sensación se mantenía.

En otra oportunidad estaba en el salón de esa misma casa y la luz del generador, que funcionaba con cierto horario, ya se había cortado. Estaba acompañado de muchos personajes familiares que ponían su mirada fija en mí; unos con grandes sombreros, otro me observaba con su lupa, cosa que sí me daba un poco de miedo, y la que estaba a la derecha, que me habló. Si, se presentó como la mujer del pueblo de “abajo”. No sé porque se llamaba así ese pueblo, que yo sepa nunca hubo uno de “arriba”. Esas curiosidades se daban antes y nadie pedía explicación.

Esa noche sin temerte quise salir a los corredores en obscuridad total y sólo podía imaginar lo que estaba pasando afuera. Recuerdo que presentí que tenía una visita inesperada. Su aliento me hizo recordar la sensación al oír la radio novela “lo que cuenta el viento” en una radio a pila Sanyo escondida en la pieza de mi mama. Más bien tiritando debajo de su cama.

En ese momento y acompañado de los recuerdos, el mismo viento fue trayendo de vuelta mi capacidad de fantasía y disfrutaba sintiendo cómo te instalabas en mí al enfrentar a la mujer. Era precisamente ella, que no sé si era pariente muy directa, pero su cara me era muy familiar. La hice pasar al salón, a uno diferente del que yo había salido ... y en la conversa fuimos saltando de un tema a otro, como si nos hubiéramos visto antes. Entre mate y mate, que sólo yo tomé, fuimos recorriendo viejas historias; y de las que ella me relató, reconocí algunas que me contaba mi abuelo. Claro que él no me las contó igual a como las oía ahora; estas eran más crueles, más deslenguadas. Eran llenas de detalles espeluznantes, como la del Guacho Pepe que andando a caballo se detuvo a poner una tranca por donde cortaba a su casa, y alguien lo tomó por detrás subiéndosele al anca de su yegua; a continuación, venían muchas palabrotas que yo no sabía su significado, pero sí que no podía repetir las. O cuando contaba que desde el tranque venía un hombre sin cabeza que se comía a las guaguas que lloraban mucho, y lo hacía por su ombligo, comenzando por esa parte para recuperar la que él no tenía; y así seguían los terroríficos cuentos.

Todo eso me era extraño ¿Porque los relatos eran diferentes? ¿Sería porque los vivieron de otra forma, esa señora y mi abuelo? o ¿porque él cuidaba mi inocencia endulzando lo ocurrido?

Antiguamente, o al menos en el caso de nuestra familia, los abuelos y tíos nos cuidaban y educaban en un sentido de tribu. Me acuerdo de tener que acatar decisiones, retos o restricciones de ellos, sin la menor posibilidad de discutir o de esperar apoyo de mis padres, aunque no estuvieran de acuerdo. Sólo tenía que hacer caso y callar la boca; como aquella vez que con mi hermana menor salimos

a caminar y nos encontramos con la casa de la vieja Ramona, que tenía una gran boca y algo de pelo sobre los labios. Con ella siempre sentíamos curiosidad porque vivía aislada de todos y, cuando nos invitó a su casa, partimos sintiendo tu presencia y acallando la voz interna que nos decía que no debíamos ir. Nuestro espíritu aventurero era superior y, como ya teníamos 9 y 7 años, si era verdad de que ella también se comía las guaguas como decían, nosotras éramos ya niños mayores. El castigo que nos dio mi abuela, porque para mala suerte nuestra, mis padres no estaban cuando volvimos de esa aventura, fue de sacarle las plumas a diez gallinas de cogote pelado: menos mal que eran de esas, porque así tuvimos menos trabajo. Ni siquiera nos pudimos negar a comer la cazuela del día siguiente.

Con mi abuelo entonces, pasaba algo similar pero siempre eran momentos muy divertidos y queridos por nosotros. Recuerdo que, a la hora de que los mayores se recostaban a tomar una siesta, lo rodeábamos a la sombra de un árbol o en esos frescos corredores, y comenzaba siempre diciéndonos “el que me corrija le doy una paliza”, es que ya muchos nos sabíamos los cuentos y lo pillábamos cuando los cambiaba.

Después de oír y recordar viejas historias, la mujer me pidió recorrer la casona y, a medida que avanzábamos y yo muy expectante tratando de descubrir si le gustaba lo que veía, me pareció ver que ella estaba en su propia casa, o al menos eso parecía; sus ojos brillaban en la noche y caminaba entre ansiosa y conocedora de todo. Recorriendo pieza a pieza y ganando tranquilidad en su caminar, su figura se fue deslavando hasta desaparecer; o eso es lo que creí ver.

Volví rápido al lugar donde la vi la primera vez en esa oportunidad; porque ya la había visto muchas veces antes, se puede decir que nací con su compañía. Esta última ocasión la encontré sonriente y más bella. Desde esa noche y mientras pude retener en mi la fantasía y la realidad de los momentos mágicos de mi vida, estuve siempre acompañada de esas figuras familiares que ya no me daban miedo.

Todos estos miedos eran provocados en forma voluntaria, o al menos los podía evitar, pero hay otro tipo en que la sensación es otra. Cuesta identificarlos, y menos manejarlos: ¿miedo a la incertidumbre?, ¿a la inestabilidad?, ¿a la falta de amor?, ¿a la soledad? o, el miedo a enfermarse y perder la vida que se instaló en muchas personas el año 2020 por la pandemia.

Debo reconocer que ese año yo también te tuve muy presente. Una noche soñé que me daba el virus, y también a mi familia, por lo que no había quién nos cuidara. Lo que mostraban los medios de comunicación sobre los estragos en los países que se dio más fuerte, eran situaciones aterradoras y daba lo mismo si eras pobre, rico, viejo o joven. Tú estabas de visita en todos los lugares, y pareciera que elegías a quienes no creían en ti para hincar tus garras y así dominar la situación.

Sí, también a la soledad, a no ser necesario para nadie y que dé lo mismo si estoy o no; a que nadie me eche de menos y me pase lo que la viejecita de un pueblo en Alemania que entre una primavera y el otoño siguiente, a nadie le extrañó no verla, cuando la encontraron muerta habían pasado meses.

A esos miedos quiero pedirles que se alejen y que no vuelvan. Y si lo hacen, nunca de noche o que se vayan con un suspiro.

Es curioso lo que pasa contigo. Cuando me visitas, me generas una expectación, un suspenso, una paralización; pero lo siguen un impulso y una acción.

Para el terremoto del año 2010 me pasó algo así. Recuerdo que estaba en mi cama y en cuanto quisiste dominarme me puse a rezar obsesivamente, fuerte y ansioso hasta agotarme para luego caer en el hacer: llamadas, visitas, orden y varias acciones que continuaron por algún tiempo. En esa ocasión pudiste haber triunfado si me hubiera dado un infarto ¡de puro miedo!

Maldito y asqueroso miedo, te veo, te siento y quiero borrarle de mi vida.

O tal vez decida acogerte para que seas mi amigo ¿Crees que así no te tendré miedo?

Vitacura, 30 de septiembre 2021.